



ESTE PERIÓDICO SALE DOS
VECES A LA SEMANA.—SUS
REDACTORES SON GUAR-
DIAS NACIONALES.

ARTIGAS.

SUSCRICION MENSUAL CIN-
CUENTA CENTÉSIMOS.—NÚ-
MEROS SUELTOS OCHO CEN-
TÉSIMOS.

MONTEVIDEO, JUEVES 22 DE DICIEMBRE DE 1864.

ARTIGAS.

EL CORONEL PIRIZ.

Recien se han empezado, se puede decir así, a utilizarse los servicios del muy experimentado y valiente Coronel don Lucas Piriz, y ha demostrado cuanto puede su valor y su pericia militar.

Ahora ha llegado la ocasion de desmentir á sus enemigos que no han podido menos que confesar que es un bravo entre los bravos, y que donde quiera que se presenta lleva consigo la victoria.

En la heroica defensa de Paysandú, donde quiera que se ha presentado, ha sido el terror de las hordas de asesinos de Flores y de sus aliados los siervos brasileiros, y no ha habido mas remedio que lanzarlos por las espaldas, pues han disparado cobardemente.

Cartas de aquella ciudad heroica nos informan cuanta ha sido la mortandad que les ha hecho á los brasileiros, y que muy frecuentemente se le ve sobre las trincheras haciendo fuego á los enemigos; así es que el Coronel Piriz, defiende su patria no tan solo como Gefesino como soldado.

Los dias de Entre-Rios, que están mas al cabo que nosotros de la heroica defensa de Paysandú, han dado cuenta de varios hechos de armas encomendados al Coronel Piriz, y en todos ha hecho morder el polvo á los enemigos de nuestra nacionalidad.

El pueblo conocedor de todo esto, conocedor de su valentia y cuanto puede su presencia en la heroica defensa de Paysandú; ha formado ya su juicio y le ha señalado el premio que merece, que es que se le dé inmediatamente el grado de general.

Ahora, lo único que falta, es que el Gobierno acceda á los deseos del pueblo.

EL GENERAL SAA.

Los diarios porteños están soñando con el Sr. General D. Juan Saá.

Unos lo dan en la plaza de toros corrido y desmoralizado por Caraballo, otros lo suponen operando por Canelones y San José pero muy asustado.

La Nacion Argentina diario oficial y órgano mas competente para dar noticias ciertas, asegura que el ejército de reserva NO EXISTE; que se sublevó y amotinó en el Paso de Barrancos, fusilando al General Saá y pasándose en seguida al ejército libertador.

No hay mas, estos pícaros de farsantes porteños están soñando con el General Saá. Es verdad que ya lo conocen.

Qué dirán estos sinvergüenzas—cuando mañana ó pasado sepan que el Ejército de Reserva que ellos dán como pasado á Flores—es el mismo que ha obligado á aquel bandido á levantar el sitio de Paysandú!

Y qué dirán cuando sepan que ese mis-

mo ejército—ha caído sobre las hordas del famoso asesino, de la Florida—y lo ha hecho pedazos, castigando al crimen y á la traición.

Pobres porteños! Están locos. Esperen unos dias mas y ya tendrán que acordarse del Ejército de Reserva sublevado y pasado á Flores.

Esperen!

¡PAYSANDÚ!

Las fibras todas del corazon se conmueven al pronunciar el nombre de Paysandú, símbolo de la magistral epopeya que se realiza allí y que la historia se encargará de llevar á las generaciones venideras como un ejemplo que deba ser imitado y como una prueba del heroísmo de un pueblo que cuenta en sus avales las páginas de gloria en que están narrados las Piedras, Catalán, Rincon, Sarandí, Cerro é Ituzaingó.

A aquellos padrones de gloria están asociados los nombres de Gomez, Piriz, Raña, Azambaya, Estomba, Aberastury, Orrego, Areta, Fernandez y los de los mil héroes que los acompañaban.

El Gobierno les dará, sin duda, las recompensas debidas á su valor; pero eso no basta á pagar la inmensa deuda de gratitud del Pueblo Oriental. La admiración y el cariño de la Patria se les adeudaban y los han obtenido ya.

Leonidas, muriendo en las Termópilas en el glorioso empeño de contener las masas de los bárbaros que amenazaban la Grecia, salvó á su patria.

Paysandú, mas afortunada, ha detenido y derrotado las turbas de bandidos del ejército de los traidores y la flota del miserable Imperio cobarde y traidor que emboda la América, permaneciendo en su seno.

Diez y seis dias de combates en razon de uno á dos y con la inmensa desproporcion de las armas, venciendo siempre, son sobrados para tejer coronas mas que de laurel, para orlar las sienas de los ilustres defensores de la nueva Numancia.

ASESINOS DE LA HONRA.

Las malas mañas se olvidan tarde ó nunca. Cuando uno ha pasado la mitad de su vida en calumniar, difamar y ultrajar de todas maneras á sus enemigos políticos, sin pararse en medios por reprobados é indignos que sean, difícilmente se resigna á ser justo si quiera una vez, confesando el mérito ajeno.

Se adquiere el hábito de la calumnia, como el del asesinato y el robo.

Y á la verdad ¿qué otra cosa son los calumniadores de oficio, sino los asesinos de la honra, los ladrones del buen nombre de los hombres de bien? Sí. El puñal de la calumnia es tambien arma de asesinos y de ladrones.

¿Y qué otro nombre puede darse á aquel malvado que desde la «Tribuna» de Buenos Aires arroja diariamente á manos llenas, so-

bre sus adversarios políticos mas respetables, el lodo de la deshonra en que él está sumido desde los pies á la cabeza?

¿Cómo calificar esa tenacidad implacable con que aquel canalla pretende inmolar á su furor de partidario, ya que no puede las vi-
jas, el honor de sus contrarios; esa perversidad inaudita con que se ceba en empañar las mas altas reputaciones de nuestra patria, haciendo objeto de su preferencia infame precisamente á los que descuellan por sus virtudes eminentes?

Esto no puede explicarse sino por la costumbre del mal, por esa connaturalizacion con el delito que lleva por una pendiente fatal, á los que han dado los primeros pasos en el camino de los crímenes, rodando de crimen en crimen hasta tropezar con el cal-
dalzo.

Es el hábito de la calumnia, que vá poco á poco disminuyendo y acaba por aniquilar en la conciencia de los escritores corrompidos, el remordimiento del crimen alevoso que se cometió cuando se arroja una calumnia infame sobre la honra de los hombres, no importa si son amigos ó contrarios.

Sugiérenos estas reflexiones un artículo editorial de la «Tribuna», en que se ultraja, con imputaciones tan calumniosas como innobles, el honor del General Gomez, el indomable defensor de Paysandú.

Su heroísmo, que ha impuesto respeto y admiracion á propios y extraños, que ha tenido el poder de obligar á sus mas encarnizados y pérfidos enemigos á quemarse los labios con estas palabras: **Leandro Gomez es un héroe**, no ha sido sin embargo para el corrompido escritor de la «Tribuna», sino un motivo mas para redoblar la violencia de sus golpes de asesino.

Los méritos vulgares pueden pasar inapercibidos del mundo: no valen la pena de ocuparse en ultrajarlos. Pero las cualidades eminentes de Leandro Gomez, ilustrando la causa en cuya santa defensa las desplega, hacen demasiada sombra á sus enemigos, tienen fuerza suficiente para conquistar á la causa que tales hombres produce las simpatías del mundo imparcial; y es por eso que se convierten en el blanco de los tiros de la difamacion sistemática y cobarde de la «Tri-
buna».

De ahí todas esas patrañas que está inventando la «Tribuna», sobre las supuestas atrocidades cometidas por el héroe de Paysandú.

De ahí ese furor con que fraguan crímenes odiosos, que solo han existido en sus imaginaciones irritadas por la vergüenza de la derrota.

De ahí la ridícula insistencia con que le enrostran maldades sin cuento, revolviendo la historia de las tiranías mas execrables pa-

ra encontrar errores con que hacer sombra a una reputación que se las hace á ellos al levantarse colosal sobre las ruinas de la Numanencia Uruguaya.

La última y mas ridícula patraña inventada por la «Tribuna» es la siguiente:

Dice que el General Gomez, habiendo tomado prisionero un soldado imperial, lo hizo martirizar de una manera atroz.

Que primeramente «lo hizo sacar los ojos!»

En seguida ordenó «que se le cortasen las narices!!!»

Y que solo despues de despedarlo así poco á poco, á manera de fraile inquisidor, y cuando el nuevo Torquemada comprendió que la victima iba á espirar, «ordenó que lo quemasen vivo!!!»

¿Que podemos decir ante estas infamias de la «Tribuna»?

¿Que comentarios podemos hacer á estos innobles desahogos del furor de aquel fanático malvado?

¿No está claro que estos crimines imaginarios con que pretenden hacer atmosfera de odio contra el héroe de Paysandú, solo significan la rabia y el despecho de haberse visto humillados al pié de las murallas de aquella ciudad inmortal?

Abandonamos á la execración de los hombres imparciales honrados, esas bajas y miserables calumnias, que hacen mas daño al cobarde que las emplea, que al héroe á quien se dirigen y á quien no alcanzan.

Los que conozcan al hombre privado harán justicia á sus virtudes, confesándole incapaz de manchar sus manos con tan atroces crueldades.

Los que no conozcan sino al héroe por el estrépito de sus hazañas, relegarán al desprecio que se merecen las torpes calumnias que la pasión de partido, implacable y envidiosa, levanta para empañar su gloria, sin que su ceguera le permita ver el contrasentido de juntar en una alma sola, con las virtudes mas eminentes los mas repugnantes crimines y las bajezas mas indignas.

MIENTE «LA TRIBUNA.»

El respeto y la consideración que nos merece el héroe de Paysandú, el bravo General D. Leandro Gomez, nos obligan á desmentir las calumniosas imputaciones con que *La Tribuna* ha querido eclipsar la gloria que se ha sabido conquistar aquel soldado de la patria.

La Tribuna, en su despecho por el fracaso que ha dado ante los muros de Paysandú el malvado y traidor Flores, y envidiosa por la fama y el renombre de que gozan ya los que han batido y escarmentado á sus enemigos, lanzan los mas torpes cargos contra el General Gomez por las ejecuciones bárbaras que dice haber ordenado.

Esta es una mentira infame—digna sola de los malvados Varelas.

Es una calumnia atroz y cobarde.

D. Leandro Gomez es incapaz de cometer ninguna acción baja é innoble.

D. Leandro Gomez, hombre de altura y

de corazón magnánimo, no autoriza el crimen ni ningún acto que no sea grande ó generoso.

A hombres del templo y de la inteligencia del General Gomez, les cuadra muy mal las torpes calumnias con que *La Tribuna* ha querido desacreditarle.

Al héroe de Paysandú no se le pueden imputar crímenes. Su grandeza y su gloria los rechazan. Sus admiradores los desprecian, lo mismo que á sus autores.

Fuera de esto; aparte de las condiciones que enaltecen y elevan al General Gomez, y que bastan por sí solas para pulverizar los cargos de *La Tribuna*, es bien sabido que en Paysandú, en los días que ha durado el asedio de la plaza, no ha habido ninguna ejecución de las que dicen los Varelas.

Es una nueva infamia de esos hombres miserables.

Es una nueva calumnia que cometen, pretendiendo ultrajar la gloria de un valiente.

Es un nuevo crimen que indigna y subleva, porque es aplicado á la expresión mas pura del hombre patriota, valiente y noble que se llama Leandro Gomez.

Calle *La Tribuna* ante la heroicidad de ciertos hombres. Calle ante el General D. Leandro Gomez.

LOS BELIGERANTES.

Dijimos no ha mucho y repetimos hoy que el resultado de la lucha provocada en el Plata por las iniquidades de Pedro II, no podía ser dudosa un solo instante.

El carácter de cada uno de los beligerantes nos ha servido de fundamento para prejuzgar ese resultado satisfactorio.

Por una parte tenemos al Brasil y al Gobierno de Mitre.

Por la otra el Paraguay, Entre-Rios y Corrientes y la República Oriental.

El poder material de los primeros está en razón directa de la justicia de su causa. Para demostrar la debilidad del Brasil, no necesitamos remontarnos al año 25; nos basta recordar los sucesos ocurridos desde la misión Saraiva.

Muchos días despues de haberse anunciado las famosas represalias, pasaba los límites de la frontera un ejército brasileiro de 1,500 hombres, formado en su mayor parte con los elementos de la Provincia mas importante del Imperio y á costa de esfuerzos y sacrificios extraordinarios por parte del Gobierno Imperial.

Este formidable ejército cuya vanguardia se compone de las *californias* que acaudilla Fidelis, hizo su entrada triunfal en la Villa de Melo, luego que esta plaza fué abandonada por los Guardias Nacionales que la custodiaban, empleando sus armas á falta de enemigos en asesinar al pacífico vecindario.

Y esta primera expedición brasileira, la vemos retroceder en poco tiempo á sus antiguos reales al solo rumor de que una parte del ejército nacional se preparaba á castigar el atentado.

Para llevar á cabo estas mismas represalias llegó también al Rio de la Plata una escuadra que debía practicar importantes operaciones sobre los puertos Orientales, en combinación con las fuerzas de tierra.

Hasta hoy esos buques que dignamente onarbolan el pabellón auri-verde, no han hecho otra cosa que servir de transporte á la infantería del traidor Flores, bombardear impunemente las poblaciones y enseñorearse en el Rio Uruguay donde no alcanzan los disparos del cañón de la patria.

Aún está fresco el recuerdo de aquel día memorable en que el Capitán Rivero desafiaba á los marinos Imperiales navegando el Uruguay en el Vapor «*Villa del Salto*» bajo las baterías de los buques brasileiros cuyos fuegos logró apagar.

En estos momentos esos mismos buques arrojan sin piedad cientos de proyectiles sobre la ciudad de Paysandú, colocándose fuera del alcance de los fuegos de la Plaza sitiada.

Y este triste rol que desempeña el Brasil, cuando no encuentra en la República otra resistencia que el heroísmo de sus pocos hijos, dan la medida cierta de lo que es, esa parodia de imperio, tan audaz en sus planes y exigencias, como pobre y mezquina en sus hechos.

Ultimamente un vapor brasileiro ha sido embargado en el Paraguay y detenido allí el Presidente de la Provincia de Matto-Grosso á quien no se le ha permitido llegar á su destino.

Cualquiera otra Nación que no fuera el Brasil hubiera enviado inmediatamente sus fuerzas navales á reclamar la entrega del buque apresado.

Las cañoneras brasileiras surtas en el Plata han considerado sin embargo mas prudente el permanecer donde pueden hacer fuego sin que nadie los hostilice, antes que acudir al lugar donde se hallan comprometidas la dignidad y el honor de su nación.

Estos hechos son por sí mismo bastante elocuentes para convencer á cualquiera de que el Brasil es incapaz de presentarse donde halla enemigos á quienes combatir.

El aliado de Pedro II, el transfuga de la democracia, el titulado Presidente de la República Argentina, el asesino Mitre, encerrado dentro de los límites de la Provincia de Buenos Ayres no cuenta con otros recursos para la guerra en que vá á tomar parte, que algunos batallones de mercenarios extranjeros y la mezquina cooperación del bando unitario.

La impotencia de Mitre se retrata diariamente en los sucesos que tienen lugar en el centro mismo de la República Argentina.

Los bárbaros del desierto invaden continuamente las poblaciones, y el Gobierno Nacional es impotente para evitar esas irrupciones, por haber esquilmo las rentas de la nación que tiraniza, en los festines inmorales de la canalocracia porteña.

Hacen pocos días que, algunos patriotas federales intentaron el apresamiento de los buques de guerra argentinos en el centro mismo de aquella República, desconociendo la autoridad del Presidente Mitre, que ha permanecido en un silencio significativo en presencia de ese hecho y otros análogos.

Diariamente reciben noticias Mitre y los suyos de los trabajos preparados en algunas Provincias para la reacción, sin que puedan evitar la tormenta que amenaza arrazar al

partido unitario, porque su poder no se estingue mas allá de las fronteras de Buenos Ayres.

Hoy mismo, en presencia de la conflagración inevitable del Rio de la Plata, Mitre y sus secuaces se aterrorizan por que ven acercarse el momento de la expiación.

Y son esos colosos de papel—Pedro II y Mitre, los que aparentan burlarse de la República Paraguaya, que puede poner sin dificultad 100,000 hombres sobre las armas y anonadar en un solo instante á sus menguados enemigos!

Y son esos cobardes tiranuelos los que creen poder ahogar el noble pronunciamiento de los valerosos campeones de Entre-Rios y Corrientes!

Y son esos pigmeos, traidores á la causa americana, quienes pretenden intimidar á los descendientes de Lavalleja y Oribe que repiten en el año 64 sobre los muros de Paysandú las escenas heroicas de 1825!

CORRESPONDENCIA IN-

TERCEPTADA.

Frete á Paysandú, Diciembre 17 de 1864.

Querido Hector:

Esta es para V. no mas. V. comprende, mi amigo, que, por mas brillante que sea la situación del ejército libertador, habría siempre inconveniencia, en hacer públicos ciertos detalles, cuyo conocimiento puede sernos perjudicial.

Contenga pues su impaciencia, que comprendo, y devore solo, por ahora, las importantísimas noticias que solo á V. me atrevo á confiar.

Nuestras fuerzas, sin incluir á nuestros simpáticos aliados, suben á 3,000 y pico de hombres; se entiende solo lo que existe frente á Paysandú.

Las tropas de marina—cuya habilidad para hostilizar al enemigo poniéndose fuera del alcance de sus fuegos no me canso de admirar—puedo calcularlas en número de 4,000 y pico de soldados.

A esto debo agregar 50 piezas, entre las que hay de calibre de 60 y 80.

No incluyo tampoco los 4,000 y pico de las tres armas con que se nos acaba de reunir el bravo general Netto.

Sume V. ahora, y compadezca de los pobres blancos.

Para hoy estaba fijado el ataque y asalto de la plaza.

El contento y el entusiasmo se veían en todos los rostros.

Todos ansiábamos el momento en que se diera la señal.

Yo, para observar mejor la operación, y poder transmitir á los amigos de esa hasta los menores detalles del asalto, me habia ya situado nada mas que como á una legua de la ciudad, sobre una altura que lo domina todo y desde donde se goza en la contemplación del espléndido panorama que ofrece la vista del puerto y costa argentina.

De repente oigo tocar retirada.

A cualquiera otro hubiera causado sorpresa tan inoportuna disposición; pero á mi,

que conozco tanto al general, maldita la impresión que me causó.

Al instante adiviné que el general, conlido de la desesperada situación de los infelices á quienes tiene engañados el farsante D. Leandro, habia hecho una de las que acostumbra.

Dicho y hecho.

El general habia resuelto levantar el sitio por evitar la efusión de sangre.

¿Que alma tan magnánima!

Y que hombre tan calumniado, sin embargo, por sus cobardes enemigos, que son incapaces de abrigar sentimientos tan generosos y nobles.

Con este motivo tuve un fuerte altercado con uno de nuestros amigos, que se empeñaba, lamentando la retirada, en quererme convencer que ya era tarde para dar ese paso, puesto que ya habia corrido la sangre en abundancia y la ciudad estaba reducida á escombros, y sus habitantes arruinados, y otras tonteras y majaderías por el estilo.

Verdad es que el disgusto fué general; pero pronto se convencieron de lo prudente y acertado de la medida.

No vaya V. á creer, mi querido Hector, que aludo al importuno rumor de la aproximación de Saá, ni á la aparición de varios individuos que venían en unos «*fletes comme il faut*» y que se decían dispersos de Máximo Perez! Ni lo piense V!

Ojalá! amigo, ojalá, viniese Saá!

El plan del general era este:

Retirarse hasta encontrar al ejército brasileiro, facilitar su incorporación, dejar que Saá (si venía) se internase, y despues, cuando menos lo esperasen los enemigos, aparecer rodeando la plaza con un ejército de 25,000 hombres, y obligar así á la agarnición á que se rindiera.

Se llenaba así el gran desideratum del general—evitar la efusión de sangre—y se obtenía la ventaja de matar dos pájaros de un golpe, pues Saá tendria que rendirse en se guida.

Cuanta prevision, mi querido amigo!

El jefe de la revolución es un hábil general, á la vez que un hombre cuyos humanitarios sentimientos todos aprecian.

Y todavia hay quien le enrostre el degüello de Párraga y demas criminales de la Florida!

Infames!

El ejército libertador ha disminuido estos días en unos 500 hombres. No me refiero á los muertos y heridos.

Quiero hablarle de los uruguayos brasileiros que nos acompañan desde el principio de la revolución, que, como V. sabe, toda su vida se han ocupado del «comercio de frontera», y les cuales pronto pues solo han ido favorecidos por el libre cambio establecido por la revolución, á cambiar los objetos que en el calor de la pelea, no pudieron prescindir de tomar (de todos modos eran efectos perdidos) de las tiendas y almacenes que no podían proteger los soldados de D. Leandro.

No vaya V. á creer, como algunos, que

son desertores; gente desmoralizada y aterrada por la mortandad, poca, que nos hicieron los cobardes que hacían fuego de detrás de las trincheras.

Tocan retirada.

Mañana ó pasado, si me es posible, continuará esta carta.

Suyo afmo.

Bustamante.

EL GENERAL SAA.

El prestigio que va teniendo el valiente General Saá, la fama de su valor y pericia militar, está haciendo soñar diariamente á los redactores—detractores de la Tribuna, paniaguados del Brasil.

Es tal el miedo también que los muleques macacos le tienen que ya se creen invadidos por el y lo anuncian en los diarios para que se tomen todas las «precauciones» de estilo macacuno en tan «formidable» caso.

A *bravura brasileira* á de ter que ver contra *ds langas dos brancos*.

LA CANALLA BRASILEIRA.

Los que venden y azotan esclavos, que bombardean cuando están ciertos que sus tiros alevos no pueden ser contestados, los que no tienen valor cuando se les ultraja como sucedió con el hecho reciente del vapor confederado «Florida» que fué apresado ignominiosamente por otro de guerra de los del Norte en el puerto de Bahía; los que reciben la bofetada que les acaba de lanzar junto con la declaración de guerra, el Presidente del Paraguay, son consecuentes en todos sus actos de cobardía, de traición y de barbarie.

Solamente esa canalla que no tiene ni la idea del valor ni del honor nacional puede cometer una acción tan indigna y cobarde como la del vapor brasileiro «Gerente», paquete con honores de guerra, en la situación desgraciada y tremenda en que se hallaba el Navio Inglés «Bombay».

He ahí lo que son las naves de los macacos.

Al pasar el «Gerente» por el lugar del siniestro, el «Bombay» presa ya de las llamas le hizo señales de que parase para auxiliarlo, pero este buque se hizo el desentendido y entró al puerto.

Cuando la visita de la Capitania fué á su bordo, teniendo ya noticia del suceso por tierra, quiso informarse mejor y le preguntó al Capitán lo que ocurría de cierto, y el indigno Capitán para escusarse de la responsabilidad que tenía por haber faltado á su deber como marino, mintió diciendo que habia dejado al navio haciendo ejercicio á bala.—Este ejercicio no era mas que unos tiros á bala que le hizo al «Gerente» por no detenerse para auxiliarlo.

Como se le notificase el decreto del Gobierno para hacerle arriar la bandera y salir del puerto dentro del plazo acordado á todos los buques que llevan la odiosa bandera de los macacos, dijo que en vez de fondear adentro en el lugar de costumbre, lo haría mas afuera.

Al efecto salió como para sondear, pero en vez de hacerlo, dió toda la fuerza á la máquina, regresando hacia el navio, que todos creían fuese á prestarle el auxilio que le habia negado antes, pero no fué así; y segunda vez se hurló de la humanidad, dejando que perecieran porción de espantados y nobles marinos.

Es muy probable que el 'Gerente' haya llevado la noticia á Rio Grande de que los ingleses lo persiguieron y se han mezclado en la cuestión; por qué era tal la fuerza que le dió á la máquina cuando vió que salía un vapor inglés, que hasta arrió la bandera que habia izado afuera.

Que lástima que en lugar del Navio no hubieran sido toda la miserable canalla presa de las llamas!

MISERIAS HUMANAS.

No podemos menos de calificar así la notable, la imperdonable falta, el vacío que ha dejado sentir el Superior Tribunal de Justicia, con no asistir al acto solemne que se verificó el Domingo en la Plaza de la Independencia: acto grandioso que ha llenado de orgullo el corazón de todos los buenos Orientales, hijos de Artigas;—uno de los muchos rasgos de la ingenuidad de un pueblo que siempre ha pretendido ser libre;—ejemplo que pudieran envidiar las naciones mas adelantadas;—en una palabra, acto de soberanía popular, ejercido de la manera mas espléndida.

Esa falta es deplorable en los momentos actuales, por muchas razones.

Nosotros conociendo perfectamente á muchos de los hombres que componen ese Tribunal, no la extrañamos; pero estamos seguros que nuestros enemigos la han de explotar.

Pero no ignoren esos enemigos que nos contemplan, que esos mismos hombres que negligén concurrir á un acto que con su ausencia puede carecer mucho de su carácter serio, son los mismos que han dictado ó aconsejado los decretos de 13 del corriente, y que no se atraven á dar la cara de frente.

Esto, es de notoriedad pública.

Nos consta que el Superior Tribunal fué invitado en el día por el Ministerio, y no hemos hablado con nadie que pudiera explicarnos el motivo de su inasistencia.

Será porque lo fué pocas horas antes de celebrarse el acto, que no tuvieron tiempo de prepararse como para asistir á un banquete ó un Te Deum, á lo cual no faltaban en tiempo de D. Gabriel Pereira;—ó se les habrán gastado sus lucidos sombreros apuntados de aquel tiempo?

Esto último no lo podemos imaginar, porque el sueldo de que gozan representa como treinta sueldos del que pudiera tener cualquier soldado de guardias nacionales que sirven con denuedo y desinteresadamente á su patria, y que sin embargo no dejan de concurrir al cuartel al primer toque de alarma, por poca que sea la anticipación con que eso se les prevenga.

Para los enemigos que nos acechan, y que palparán aun cuando lo quisieramos ocultar, que un Cuerpo Político del Estado, como lo es el Tribunal de Justicia—en las atribuciones que solamente en ese carácter le corresponden en defecto de la Alta Corte,—no ha cumplido con su deber, será altamente satisfactorio podernoslo enrostrar todos los días.

Pero, ¿por qué por consideraciones personales hemos de callar, como se nos aconseja, como si con eso consiguiéramos tapar el cie-

lo con un arnero, como vulgarmente se dice?—Afortunadamente, tampoco estamos en tierra de zonzos para mamarnos el dedo.

Nosotros que nos hemos propuesto decir la verdad, por dolorosa que ella sea,—no para los que no tienen vergüenza—sino para nosotros mismos, hombres puros que nos jactamos de serlo;—hemos de ser siempre los primeros en apuntar los actos vituperables de nuestros hombres públicos antes que á nuestros mismos enemigos, para que así aprendan á comprender, que si el pueblo hoy tolera á su pesar á algunos de ellos muy señalados, es en fuerza de una situación que no es del caso definir.

Basta por ahora.

Las calumnias del «Artigas» son esas.

UN PIRAO.

Bordo da «Recife» Dezembro 18 de 1864.

Viva nosso amo o Imperador!

Viva a gente mais valente da terra que são os brasileiros!

Viva meus marinhos que são peitos de ferro!

Viva o meu coragem!

Tenho a alta honra de por no conhecimento de V. E., que os brasileiros tem-se portado com o brio e o coragem digno de nosso nome tão bem posto, no mundo donde a macacos.

Tinha-se posto em minha cabeça tomar a cidade de Paysandú, e porem não era necessario mais que um so dos nossos muito valentes vassos de guerra para fazer fogo, fiz vir nove de elles para com mais prontidão tomar a praça, e baixo minhas instruções começaram todos os vassos a fazer fogo até que nuvens ficaram escuras pela fumaça de nossas pegadas. D' esta operação ficaram alguns mortos e feridos, não pelo medo, mais sim de coragem.

Atiramos en sete dias mais de tres mil bombas, mais não tivemos á sorte de que a praça se intimidasse e muito ao contrario nos fegero um fogo de todos os diabos, ate que fiz a determinação de fazer um desembarque com o muito valente batallão 1.º de fusileiros composto de quatrocentas praças e em combinação con as forças do geral Flores e apoyados por fortes baterias de canhões de terrível calibre, e atacamos como valentes, como tigres, como leões e a fogo de canhão, espingarda, bombas e assim mesmo a praça forte, forte tanto que não parecia senão um inferno de fogo. «Deus meus» fiz a signal da cruz e roquei então a santa Barbara e a nossa Senhora da Ayuda.

Esta gente de Paysandú, era como nos gente de ferro, pois as bombas e balas cuas; não pegavam n' elles e eu creio que era pela causa de ser ma a polvora que tinhamos, mais com tudo V. E. sabe que os brasileiros são valentes ate a temeridade e salvo de trinta que pedião pela mai e choravão, todos os demais... mais V. E. sabe o que são os brasileiros, e basta.

Pela nossa desgraça ao petife do Leandro le deu por pelear a «ferro frio» é isto de «ferro frio» foi o que aterro-nos, pois nos dias que baixamos a terra, deixamos so-

mento mortos a «ferro frio.» tudo o nosso muito valente batallão, não porque não soberão brigar, mais nossos valentes morrem quando vem ao inimigo muito pertinho, mais pelo demais, não a gente como nos; e quem o duvida?

O rio está tingido, tem corido sangue dos brasileiros; não pica deixar para sempre manchas estas aguas; mais nossa honra será sempre inolvidavel e nossa gloria voura de século em século, aunque Paysandú con nossos valentes e os do geral Flores não haya cahido em nossas mãos porque alli estava o diabo representado por todos os seus defensores.

Agora tão so espero voltar ao Brasil para recolher os laureis de gloria para meus soldados e marinheiros, que eu tão so desejo ser «marquez das fugidoiras».

Não tenho mas tempo, o inimigo mata nos; la gente, no próximo paquete saberá V. E. mais detalhes.

Barão de Tamandaré.

A. S. E. o Conselheiro D. Jose Maria da Silva Paranhos etc. etc. etc. etc.

!! GUERRA !!

Si enemigos, la lanza de Marte,

Si tiranos, de Bruto el puñal.

HIMNO NACIONAL.

A las armas Orientales! la patria está amagada Por hordas de traidores, de esclavos imperiales, La ley de los principios, la patria ensangrentada Ordena que los libres asilen sus puñales.

Arriba los valientes que sientan en su pecho Arder el fuego santo de gloria y libertad, Arriba los que alienten la furia del despecho Al ver de los esclavos la pérdida maldad.

Que flote al aire libre la inclita bandera Que siempre en el combate miróse tremolar En mano de los libres, venciendo la rastrera Corona del Imperio que quiso domeñar.

La vil canalla quiere los fueros destrozando Quitar á nuestro sueo la bella libertad; Alzemos nuestras lanzas valientes batallando Llevando por do quiera la muerte sin piedad.

Los tiempos de victorias se acercan presurosos,

Y Sarandí, Ituzaingó preciso es sostener, Las lanzas de sus hijos liciendo valerosos, Hacer al vil imperio de nuevo estremecer.

Los pueblos se envilecen por grandes que han sido Si dejan sus derechos impunes pisotear, Si al suelo de la patria con sangre redimido Se olvidan que le deben á muerte batallar.

Arriba hijos de Artigas! la patria está amagada Por siervos detestables sin ley ni humanidad; Corramos al combate la patria está ultrajada Volemos á vengarla gritando libertad.

Diciembre de 1864.

E. J. IRIARTE.

Este periódico se publica por la Imprenta de «El Plata», — calle de Ituzaingó No. 205.